

Hobsbawm, testigo apasionado de la *Era de los extremos*

Francisco ERICE
Universidad de Oviedo

Eric J. Hobsbawm subrayó más de una vez la conexión entre sus afinidades políticas y la renuncia, durante bastante tiempo, a analizar, en su calidad de historiador, el período posterior a 1914: “me abstuve de escribir sobre la historia del siglo XX hasta que éste prácticamente había acabado”¹. La observación es correcta en términos generales, pero conviene matizarla, sobre todo si no establecemos una diferenciación rígida entre sus trabajos más estrictamente académicos y los de reflexión política históricamente tratada.

Quiere esto decir que, para comprender su visión del pasado siglo, no deberíamos utilizar exclusivamente su conocida obra de síntesis-interpretación de ese período (*Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*), que data de 1994; ni siquiera limitarnos a añadir sus notables páginas autobiográficas (*Interesting Times. A Twentieth-century Life*, 2002) o su reflexión general de fines prospectivos (*Entrevista sul Nuovo Secolo*, 1999). No podemos olvidar, desde luego, incursiones anteriores más o menos relevantes. Sin pretensión de exhaustividad, cabe recordar que sus trabajos sobre rebeldía primitiva, bandolerismo social o movimientos campesinos en América Latina irrumpen claramente, en muchos casos, en el siglo XX, aunque se refieran a fenómenos *arcaicos*; que sus aportaciones a la historia económica británica (*Industry and Empire*, 1968) no concluyen en el XIX; que ha escrito numerosos textos sobre formas culturales tan propias del siglo XX como el jazz, acerca de pensadores marxistas como Gramsci, en torno a episodios revolucionarios de la misma centuria (*Revolutionaries. Contemporary Essays*, 1973) o en relación con la clase obrera y la política británica hasta la época del *thatcherismo* (*Politics for a Rational Left*, 1989).

Es cierto que en muchos de esos escritos la inmediatez política resulta determinante y que no siempre se trata de investigaciones originales, pero no pueden ser desdeñados para comprender sus interpretaciones del período en cuestión. Como tampoco deben serlo sus trabajos sobre los nacionalismos (*Nations and Nationalism since 1780*) o las conmemoraciones de la Revolución francesa (*Echoes of the Marsellaise*), ambos dados a la luz en 1990. O, por supuesto, los productos de su sorprendentemente fértil etapa final, como las recopilaciones –entreveradas de aportaciones nuevas o revisadas– *Essays on Globalization* (2007), *How to Change the World* (2011) o su libro póstumo *Fractured Times. Culture and Society in the Twentieth Century* (2013).

Sin embargo, dicho esto, resulta bastante lógico encarar el análisis de su visión del siglo XX partiendo precisamente de su obra de síntesis (*Age of Extremes*). El libro apareció, en su edición original, en 1994, cuando, con la quiebra del *socialismo real*,



Artículo recibido en 19-11-2103 y admitido a publicación en 24-12-2013.

1. Eric J. HOBSBAWM, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 268-269. “No quise verme envuelto en debates que [...] me habrían hecho entrar en conflicto con mi conciencia de estudioso”. También evitó ocuparse directamente de la Unión Soviética, “porque sabía que, de haberlo hecho, hubiera tenido que escribir cosas difíciles para un comunista como yo sin que afectara a mi militancia o sin herir la sensibilidad de mis compañeros” (*Entrevista sobre el siglo XXI. Al cuidado de Antonio Polito*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 213-214).

concluía –según Hobsbawm– “un período histórico coherente iniciado en 1914”. Gracias a este criterio cronológico, el trabajo pudo adelantarse a otros balances sobre la centuria, logrando además un considerable impacto y siendo traducido a decenas de lenguas. Únicamente en Francia se retrasó su salida, en un curioso proceso en el que parecen haber intervenido, más que cálculos editoriales errados acerca de su rentabilidad, oscuras prácticas de censura justificadas por intelectuales anticomunistas sedicentemente liberales².

Age of Extremes está, como otros libros del autor, escrito en tono de alta divulgación, porque “comprender la historia es importante tanto para los ciudadanos de a pie como para los expertos”³. Más allá de las críticas, ha sido justamente elogiado como una “obra imponente”, de “amplio alcance y perspectiva” (Edward W. Said); “la obra maestra de Hobsbawm” (Perry Anderson); o, sin más, una “obra maestra [...], el libro de la década, la autobiografía de una centuria” (Göran Thernborn). La tetralogía que forma, en cierto modo, con los tres volúmenes previos referentes al siglo XIX, ha merecido, en conjunto, calificaciones semejantes (Jürgen Kocka)⁴.

En el libro se vuelcan no sólo los frutos de abundantes lecturas, sino también –asegura Hobsbawm– lo que aprendió en su calidad de “observador participante”. No es extraño que Pomian lo considere a la vez un examen de conciencia del autor, un texto de actualidad y un libro de historia. La situación peculiar de un historiador que es también protagonista hace casi inevitable –según el historiador británico– emitir juicios sobre “este siglo extraordinario”, pero –añade– “la dificultad estriba en comprender”⁵.

Este carácter *engagé* condiciona intensamente, como veremos, la visión hobsbawmiana⁶. Pero no es un caso único entre los historiadores del siglo XX. Por citar solo otro bastante notable, la obra de Tony Judt *Postguerra* está escrita como un libro –

38

2. Eric J. HOBSBAWM, *Historia del siglo XX 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 15; *Años interesantes*, pp. 281-282. Relato de los avatares de la publicación en Francia, en Eric J. HOBSBAWM, “La historia del siglo XX, a pesar de sus censores”, *Le Monde Diplomatique*, nº 3, septiembre de 1999, <<http://www.eldiplo.org/la-historia-del-siglo-xx-a-pesar-de-sus-censores>> (consulta 25-9-2013). Referencia a estos obstáculos atribuyéndolos a desinterés del mercado por el libro de un autor comunista, en Pierre NORA, “Traduire: nécessité et difficultés”, *Le Débat*, n. 93 (1997), pp. 93-95. Perry ANDERSON (*El Nuevo Viejo Mundo*, Madrid, Akal, 2012, p. 195) acusa de provincianismo cultural a Francia, porque es “un país en el que apenas se ha traducido a Fredric Jameson o a Peter Wollen, y en el que Eric Hobsbawm no ha encontrado editor para su *Age of Extremes*”.

3. HOBSBAWM, *Años interesantes*, p. 261. Véase también Eric J. HOBSBAWM, “Portrait d’un historien en franc-tireur”, *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, vol. 53, n. 4bis (2006), p. 75.

4. Edward W. SAID, *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*, Barcelona, Debate, 2005, p. 439. Perry ANDERSON, *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*, Madrid, Akal, 2008, p. 319. Göran THERNBORN, “The Autobiography of the Twentieth Century”, *New Left Review*, n. 214 (1995), p. 90. Jürgen KOCKA, “Obituary. Eric J. Hobsbawm”, *International Review of Social History*, vol. 5, n. 1 (2013), pp. 1-8. Incluso Krzysztof POMIAN, “Quel 20e siècle?”, *Le Débat*, n. 93 (1997), pp. 41 y 75, pese a sus profundas divergencias, lo caracteriza como un gran fresco histórico y reconoce que se trata de un texto cautivador por su envergadura, capacidad de síntesis y visión global.

5. HOBSBAWM, *Historia del siglo XX*, pp.7-13 y 15; POMIAN, “Quel XXe siècle”, p. 75.

6. Recuérdese la distinción de HOBSBAWM entre un partidismo extremo e ilegítimo y otro legítimo, en la medida en que éste último se muestra congruente “con el análisis racionalista y científico” e incluso puede servir para superar el ensimismamiento y el “autoaislamiento de la academia” (*Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 133-147). Alex CALLINICOS, “The Drama of Revolution and Reaction: Marxist History and the Twentieth Century”, en Chris WICKHAM (ed.), *Marxist History-writing for the Twenty-first Century*, Oxford, The British Academy / Oxford University Press, 2007, p. 169.

reconoce el propio autor– “apasionado”, a modo de “interpretación claramente personal del pasado reciente europeo”⁷.

Tampoco es absolutamente peculiar *Age of Extremes* en cuanto al género en que cabe encuadrarlo o en sus ambiciones temáticas. Siendo producto de un historiador (y no de un sociólogo histórico), combina su dimensión de obra de síntesis con la de un ensayo interpretativo, algo parecido a lo que pretende Mazower en su panorámica de la Europa del siglo XX⁸. Pero este último limita su visión al Viejo Continente, al igual que Judt, que se centra además en la etapa que sigue a 1945. Los análisis o descripciones globales más conocidas no pasan de ser manuales al uso más o menos sectorializados geográfica y temáticamente, bien sean de un solo autor (como los de Procacci o Nouschi) o de varios (como los de las universidades de Oxford y Columbia)⁹.

Aspectos críticos de una visión global

La estrategia expositiva de Hobsbawm es deudora de una concepción de la *historia total* que parte o se identifica *grosso modo* con la “gran narrativa” marxista¹⁰. Por el contrario, aunque su perspectiva totalizadora, su defensa de la historia comparativa e incluso su proclividad a centrarse en la *larga duración* pudieran sugerir cercanía al espíritu de *Annales*, resulta discutible el reproche de Enzo Traverso de adoptar un enfoque braudeliano en el que quedarían engullidos los acontecimientos; punto de vista, a su juicio, especialmente inadecuado para un siglo XX lleno de “rupturas repentinas e imprevistas”¹¹. Notables diferencias, sin embargo, se ponen de manifiesto si se compara la estrategia de análisis y exposición de Hobsbawm con la de los auténticos marxistas-braudelianos, como Arrighi o Wallerstein. Que un texto como el de *Age of Extremes* no enfatice los sucesos llamativos o los momentos de discontinuidad se explica, seguramente, además de por las derivaciones de una visión *estructural* donde los acontecimientos se insertan en las tendencias generales de desarrollo y se interpretan en su contexto, por las propias limitaciones espaciales y dificultades de una síntesis tan apretada, tal como Hobsbawm ha puntualizado: “poner en forma un relato, organizar la gama inmensa de los materiales que encierra una



7. Tony JUDT, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2013, 9ª ed., p. 14. La edición original inglesa es de 2005.

8. Mark MAZOWER, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2001 (ed. inglesa 1998). Josep FONTANA (*Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente, 2011, pp. 23-24) distingue manuales, ensayos interpretativos y –lo que él presenta– reflexiones documentadas.

9. Giuliano PROCACCI, *Historia general del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2010 (ed. italiana, 2000). Marc NOUSCHI, *Historia del siglo XX. Todos los mundos, el mundo*, Madrid, Cátedra, 1996 (ed. francesa, 1995). Richard W. BULLIET (ed.), *The Columbia History of the 20th Century*, Nueva York, Columbia University Press, 1998. Michael HOWARD y Louis, W. ROGER (eds.), *Historia Oxford del siglo XX*, Barcelona, Planeta, 1999 (ed. inglesa, 1998).

10. *Entrevista sobre el siglo XXI*, pp. 18-19. KOCKA, “Obituary. Eric J. Hobsbawm”, p. 7.

11. Enzo TRAVERSO, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 68-70.

historia del mundo en más de ochenta años y sobre todo, asociar análisis temático con cronología es un problema que no admite soluciones muy claras”¹².

Las críticas a la presentación del siglo XX desarrollada por Hobsbawm son, en todo caso, muy variadas, y afectan tanto a la delimitación cronológica como a la interpretación y los fundamentos explicativos. La idea de un siglo *corto*, que perfila el período 1914-1991 como unidad histórica inteligible, es una de las que más eco ha despertado, en parte por la plausibilidad de los argumentos utilizados. La fecha inicial de 1914, como punto final de la civilización burguesa decimonónica, goza de bastante aceptación, y no cabe duda de que la caída del *socialismo real* representa una cesura importante, que comporta, en muchos sentidos, la entrada en una nueva etapa¹³.

Hay, por supuesto, otras cronologías posibles para acotar un período histórico significativo de duración más o menos secular, y sobre todo para fijar su límite último. Algunos seleccionan elementos efectistas y, finalmente, sobrevalorados en sus efectos de ruptura, como el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York¹⁴. Los braudelianos norteamericanos plantean la existencia de un siglo *largo* bajo hegemonía de los Estados Unidos, entre 1870 y 1990¹⁵. En todo caso, la periodización depende, obviamente, de la interpretación. La de Hobsbawm se deriva de su idea del influjo de la experiencia soviética a lo largo de la centuria; cuando aquélla concluye, es lógico pensar que *el siglo* acaba.

La centralidad de la revolución bolchevique –y las reacciones contra la misma– constituye una de las tesis nucleares de Hobsbawm. Durante setenta años –afirma–, su espectro recorrió el mundo; 1989 “fue el final de una era en la que la historia mundial trataba de la Revolución de Octubre”. Tras dos décadas de asentamiento del nuevo sistema, ante el desafío del fascismo, la insólita alianza del capitalismo liberal y el comunismo constituiría “el momento decisivo del siglo XX”. Así, la revolución de Octubre cumpliría el paradójico efecto de salvar al capitalismo; primero en la guerra, pero también en la paz, “al proporcionarle el incentivo –el temor– para reformarse desde dentro al terminar la segunda guerra mundial y al dar difusión al concepto de planificación económica, suministrando al mismo tiempo algunos de los procedimientos necesarios para su reforma”¹⁶.

El énfasis en la trascendencia de Octubre ha suscitado algunas de las críticas más aceradas, basadas en el supuesto efecto distorsionador ejercido por el compromiso político del autor. A modo de ejemplo, Tony Judt acusa a Hobsbawm no sólo de “ignorar el terror y la vergüenza de esta edad”, de “negarse a mirar al mal a la cara y

12. Aun admirando a *Annales*, HOBBSAWM (*Entrevista sobre el siglo XXI*, p. 19) afirma que, a diferencia de los historiadores de esta escuela, él cree en “la historia que cambia”. Sobre la organización de su obra, Eric J. HOBBSAWM, “Commentaires”, *Le Débat*, n. 93 (1997), pp. 89-90.

13. Eric HOBBSAWM, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 86.

14. Juan Francisco FUENTES y Emilio LA PARRA LÓPEZ, *Historia universal del siglo XX. De la Primera Guerra Mundial al ataque a las Torres Gemelas*, Madrid, Síntesis, 2001.

15. Luis Eduardo SIMOES DE SOUZA, “Short or Long? A comparative Study on the Contributions of Hobsbawm and Arrighi to the XXth Century Economic History’s interpretation”, <<http://mpira.uni-muenchen.de/29993>> (consulta 30-9-2013). Giovanni ARRIGHI, *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal, 1999.

16. Eric HOBBSAWM, “Adiós a todo eso”, en Robin BLACKBURN (ed.), *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 124-125. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, p. 17.

llamarlo por su nombre” o de dedicar su vida a “una bárbara desviación dictatorial”; las simpatías políticas de Hobsbawm, además, habrían “perjudicado su instinto histórico”. Judt concluye con una afirmación verdaderamente simplista sobre la impronta histórica del *socialismo real*:

los valores e instituciones que han sido importantes para la izquierda –desde la igualdad ante la ley hasta la provisión de servicios públicos por derecho– y que ahora son objeto de ataque, no debían nada al comunismo. Setenta años de ‘socialismo real’ no aportaron nada a la suma del bienestar humano. Nada¹⁷.

Desde posiciones de izquierda *antiestalinista*, Callinicos ha constatado el pesimismo de intelectuales como Hobsbawm tras la caída del Muro, actitud que tiene –a su juicio– “limitada utilidad como fuente para entender la historia”. Perry Anderson, por su parte, hace notar la excesiva atención prestada a la URSS, contrastando con el escaso espacio otorgado a los Estados Unidos¹⁸.

Esta percepción de un siglo XX “bajo el signo de Octubre” ha llevado a comparar la *Historia* de Hobsbawm con el alegato anticomunista de François Furet, *El pasado de una ilusión* (publicado en francés en 1995). Según Traverso, mientras Furet deriva hacia la justificación del capitalismo liberal, Hobsbawm redacta una “apología melancólica del comunismo”, de cuyo desarrollo real se manifiesta crítico, pero al que atribuye una función histórica *necesaria*. La comparación es, sin embargo, engañosa. Hobsbawm, que ha reseñado el libro de Furet en tono comedido, aunque concluye finalmente calificándolo de “producto extemporáneo de la guerra fría”, observa justamente que el propósito de su *Historia* no es hacer una crónica del comunismo, sino una obra de conjunto sobre la centuria, y que, por tanto, ambos trabajos resultan difícilmente equiparables¹⁹.

Hay, además, algunas otras objeciones a la visión de Hobsbawm especialmente dignas de mención. Por ejemplo, la que alude al carácter singular de su *Age of Extremes* con respecto a los tres volúmenes anteriores de lo que ya es, *de facto*, una tetralogía. No se trata sólo de que el cuarto tomo sea “el más cargado de valoraciones políticas y apreciaciones a menudo subjetivas”²⁰. Lo que se atribuye (o reprocha) a Hobsbawm es, asimismo, no seguir un esquema claramente marxista como en los tomos anteriores. Así, Gregory Elliot recalca el constante uso de conceptos cuando menos ajenos a los esquemas del materialismo histórico, la falta de crica marxista a la democracia liberal o el abandono de las clases como agentes de los procesos, a diferencia del resto de la tetralogía. En cierto modo, en la parte del siglo XIX Hobsbawm actuaría como marxista, mientras que en la del siglo XX utiliza muchas categorías liberales; lo cual no significa que haya abrazado, sin más, el liberalismo²¹.

17. Tony JUDT, *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008, pp. 121-132.

18. Alex CALLINICOS, “Luchando en la bruma. Crítica de libros”, *Razón y Revolución*, nº 2, reed. electrónica, <www.razonyrevolucion.org/textos/revryr/intelectualesryr2Callinicos.pdf> (consulta 2-10-2013). ANDERSON, *Spectrum*, p. 325.

19. TRAVERSO, *La historia como campo de batalla*, pp. 62-64. Eric J. HOBSBAWM, “Historia e ilusión”, *Mientras Tanto*, n. 71 (1998), pp. 121-134. Véase también Eric J. HOBSBAWM, “La historia del siglo XX, a pesar de sus censores”.

20. Francesc A. MARTÍNEZ-GALLEGO, “Síntesis, globalidad e interpretación: la tetralogía contemporánea”, en *Historia Social*, 25 (1996), p. 93.

21. ANDERSON, *Spectrum*, p. 313. Gregory ELLIOT, *Hobsbawm. History and Politics*, Londres, Pluto Press, 2010, pp. 103, 129 y otras.



Eurocentrismo e historia desde arriba

La otra gran crítica a *Age of Extremes* es la de su supuesto eurocentrismo. Es verdad que el libro habla de la decadencia de Europa y dedica incluso capítulos específicos a los ámbitos extraeuropeos. Sin embargo, según Kocka, aunque trate de la historia a escala global, su aproximación es básicamente eurocéntrica: China, Asia oriental e incluso Estados Unidos, por ejemplo, sólo aparecen en los márgenes. Said, entre otras cosas, cuestiona su visión del nacionalismo anticolonial basada en la imitación de modelos europeos. De manera similar, estudiando los movimientos campesinos en la India colonial, Guha ha rechazado las categorías de *pre-político* o *primitivo* aplicadas a este tipo de acciones colectivas, subrayando que “el material de Hobsbawm procede casi enteramente de la experiencia europea y sus generalizaciones están quizás de acuerdo con ésta”²².

Según Traverso, Hobsbawm exhibe una condescendencia hacia las sociedades *atrasadas* que parece evocar la tesis de Engels sobre los *pueblos sin historia*, en la medida en que considera su dinámica más *derivada* que original, reducida en gran parte a las tentativas de sus elites de imitar a Occidente. Por ello, relativiza el alcance de las rebeliones anticoloniales, que describe como rupturas efímeras y limitadas. Aun reconociendo que la descolonización y sus secuelas transformaron el mapa político del globo, no llegaría a captar la revuelta de estos pueblos como un asunto central del siglo. En el fondo, no se habría alejado realmente de la posición de Marx, que otorgaba al colonialismo una misión civilizadora en nombre de la dialéctica histórica. También la ambigüedad de Hobsbawm hacia los campesinos arrastraría resonancias de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. No es extraño, en ese sentido, que, como recuerda Wallerstein, atribuya un escaso papel a los movimientos indigenistas de América Latina. Categorías como *arcaico* o *primitivo*, que remiten a lo pre-político, formarían parte, según estos planteamientos, de una cierta *teología marxista*²³.

42

Este tipo de objeciones, sin embargo, viene a simplificar una realidad compleja, que muchos tópicos anti-eurocentristas rehúsan analizar. Ante todo, porque a menudo, como ya apuntara Fred Halliday, los vocablos *eurocentrismo* y *eurocéntrico* “confunden una declaración sobre origen histórico con una valoración encubierta que necesita justificación en sus propios términos”. El sistema económico, social y político que predomina en el mundo moderno, en todas sus variantes, es un producto europeo, extendido por el orbe mediante una combinación de presiones militares, económicas y políticas; como ya viera perfectamente Marx, “Europa creó un mundo a su propia imagen, tanto si nos gusta como si no”²⁴. Hobsbawm lo ha formulado de manera bastante parecida:

Es indiscutible que desde finales del siglo XV la historia del mundo se volvió eurocéntrica y continuó siéndolo hasta el siglo XX. Todo lo que distingue al mundo de

22. KOCKA, “Obituary. Eric J. Hobsbawm”, pp. 5-6. SAID, *Reflexiones sobre el exilio*, pp. 399 y 444. RANAHIT GUHA, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 99-101.

23. TRAVERSO, *La historia como campo de batalla*, pp. 48-49. AGUSTÍN LAO MONTES, “El legado político-intelectual de Eric Hobsbawm: historias globales desde arriba y desde abajo”, en *Íconos*, 45 (2013), pp. 7-14, <www.flacoandes.org/iconos/images/pdfs/iconos45/Iconos45_Lao.pdf> (consulta 2-10-2013). J. ASSAYAG, “‘Sur les echasses du temps’. Histoire et anthropologie chez E. J. Hobsbawm”, en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, vol. 53, n. 4bis (2006), pp. 100-113.

24. FRED HALLIDAY, *El Islam y el mito del enfrentamiento*, Barcelona, Bellaterra, 2005, p. 280.

hoy del mundo de los emperadores Ming y mogoles y los mamelucos tuvo su origen en Europa, Ya sea en la ciencia y la tecnología, en la economía, en la ideología y la política o en las instituciones y costumbres de la vida pública y privada. Ni siquiera el concepto de ‘mundo’ como sistema de comunicaciones humanas que abarca todo el globo podía existir antes de que los europeos conquistasen el hemisferio occidental y surgiera una economía mundial capitalista²⁵.

Puede matizarse la contundencia de estos argumentos, pero no negarles un fundamento sólido, en consonancia con algunas apreciaciones de Marx; al fin y al cabo, el error del pensador de Tréveris no radica tanto en su sagaz percepción de la ambivalencia del colonialismo como en un cierto (ingenuo) *unilinealismo* histórico. Reconocer la influencia determinante de Europa no implica necesariamente ejercer de portavoz, consciente o no, del imperialismo, del mismo modo que rescatar las aportaciones genuinas de los movimientos populares y las contribuciones de las culturas no occidentales no tiene por qué incurrir en el *relativismo cultural* o el romanticismo populista. Las tesis de Hobsbawm sobre el origen occidental de las ideologías y modelos nacionalistas o acerca de los problemas de articulación eficaz y generación de liderazgos propios de los movimientos campesinos pueden resultar polémicas, pero cuentan con una base empírica evidente²⁶. Se ha criticado mucho la caracterización de *primitivos* aplicada a movimientos campesinos²⁷, pero no parece que Hobsbawm los inserte en un esquema evolutivo rígido, sino que, además de valorar su potencial político, los analiza desde la perspectiva de la mezcla de tiempos y formas históricas. A modo de ejemplo, cuando estudia la rebeldía campesina de La Convención (Perú), recalca cómo el propio crecimiento del mercado mundial capitalista puede resucitar “formas arcaicas de dominación de clase”²⁸.

Es verdad que nuestro autor ha rechazado una historia hecha de la empática identificación con *los de abajo*, y que su visión de los *rebeldes primitivos* está más cerca de la perspectiva crítica gramsciana que de una visión romántica e idealizadora²⁹. Para Hobsbawm, como para Gramsci, y en sentido general para el propio Marx, “el mundo de los pobres, por complejo, independiente y separado que sea, es un mundo subalterno y, por ende, incompleto en algunos sentidos”, y si se aspira a “crear un mundo en el cual los trabajadores puedan regir su propia vida y su propia historia en lugar de dejar que se la forjen otros”, es necesario crear movimientos organizados que “sólo pueden actuar como ejércitos reales y estados mayores también reales”³⁰. Hobsbawm siempre ha defendido una cierta idea de *progreso* o direccionalidad de la historia, pero su visión nada tiene que ver con un burdo evolucionismo que conduzca de manera lineal desde lo *primitivo a lo moderno*. También ha argumentado que “no hay

25. HOBSBAWM, *Sobre la historia*. pp. 226-227.

26. Eric J. HOBSBAWM, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona. Crítica, 1991, especialmente pp. 141-172; o *Los campesinos y la política*, Barcelona, Anagrama, 1976.

27. Por ejemplo, Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA, “Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de ‘Rebeldes primitivos’ de E.J. Hobsbawm”, *Historia Social*, n. 25 (1996), pp. 113-157.

28. Eric J. HOBSBAWM, “Un ejemplo de neofeudalismo: La Convención (Perú)”, en *Agricultura y desarrollo del capitalismo*, Madrid, Alberto Corazón, 1974, pp. 267-301.

29. HOBSBAWM, *Sobre la historia*, pp. 219 y ss. Hablando de los movimientos *primitivos*, considera que “el futuro estaba del lado de la organización política” (*Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 47).

30. Eric J. HOBSBAWM, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987, pp. 28, 43 y 61.



ningún pueblo sin historia”, por más que haya de verse ésta en relación con contextos más amplios e interacción con otros pueblos e inevitablemente influenciada por una Europa que transformó el mundo³¹.

La era de las catástrofes y la guerra civil internacional

Hobsbawm dedica la primera parte de su *Historia del siglo XX* a la etapa 1914-1945, bajo el título general de “La edad de las catástrofes”. El punto de partida es el derrumbamiento del “gran edificio de la civilización decimonónica”, que inaugura el período de las guerras mundiales. Se ha observado que Hobsbawm parece manifestar cierta añoranza de este viejo orden o, más concretamente, de los imperios desaparecidos en 1918. Más allá de su admiración por determinados productos de la cultura burguesa clásica, esa *nostalgia* puede justificarse por la inmensa catástrofe que representó la “segunda guerra de los treinta años” y, además, con el vacío dejado en Centroeuropa por la quiebra de estos imperios plurinacionales³². De todos modos, el momento de ruptura que supone la Gran Guerra parece ampliamente admitido, así como su caracterización del período como una larga contienda civil internacional, que comparte, *grosso modo*, con otros autores de distinto pelaje ideológico (Ernst Nolte, François Furet, Enzo Traverso)³³.

44

La parte dedicada a la revolución soviética es, probablemente, una de las más polémicas, no tanto porque adopte posturas militantes, como porque, en la actual coyuntura política e historiográfica, la toma de postura contundente, explícita y beligerante contra la experiencia de Octubre se ha ido convirtiendo en una exigencia imperiosa, casi un criterio de respetabilidad académica. Hobsbawm subraya la enorme influencia posterior de una revolución que fue fruto del vacío generado por la caída del zarismo y de la capacidad de los bolcheviques para canalizar una situación dramática, frente a “la mitología de la guerra fría, que veía a Lenin esencialmente como a un organizador de golpes de Estado”. Luego se adentra en las razones del afianzamiento en el poder de los bolcheviques, entre ellas la eficacia del modelo de partido leninista (“extraordinaria innovación de la ingeniería social del siglo XX”). El proceso es, sin duda, complejo, pero Hobsbawm procura mantenerse en el terreno de las explicaciones, más que de las valoraciones³⁴. El autor británico también se ha interesado por la dinámica de los cambios revolucionarios en general, apuntando entre otras cosas a la “incontrolabilidad de la revolución” por sus protagonistas. En el caso de 1917, se abrió

31. HOBBSAWM, *Entrevista sobre el siglo XXI*, pp. 18-19; *Sobre la historia*, pp. 52-69 y 176-182.

32. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, pp. 16-17 y 30-32. “Los conflictos nacionales que desgarran el continente en los años noventa estaban larvados ya en la obra de Versalles” (*Ibidem*, p. 39).

33. PROCACCI (*Historia general del siglo XX*, p. 9) afirma que la Primera Guerra mundial marca el fin de un largo ciclo histórico iniciado en el Congreso de Viena, lo que Polanyi denominó “la paz de los cien años”.

34. *Ibidem*, pp. 62-91. POMIAN, “Quel 20e siècle?”, pp. 47-48 dice que Hobsbawm “justifica sin reservas” la revolución. Hobsbawm (“Commentaires”, p. 86) responde que intenta explicarla. Robert CONQUEST, tras referirse a la visión que Hobsbawm, tiene de Lenin, deplora que, sin embargo, “ha sido calurosamente acogido en los círculos del establishment liberal británico” (*Reflections on a Ravaged Century*, Nueva York, Norton & Company, 2000, pp. 146-147).

un proceso que transformó el mundo, “aunque no en la forma en que lo esperaban Lenin y quienes se inspiraron en la revolución de octubre”³⁵.

El apartado sobre la Gran Depresión posee indudables resonancias *presentistas*. Por ejemplo, al reflexionar sobre el auge actual de las ideas neoliberales, teniendo en cuenta el fracaso de soluciones de ese tipo en la década de los treinta. Pero, sobre todo, destaca por sus referencias a los efectos políticos. Así, al analizar el ascenso del fascismo, lo sitúa en la crisis y el hundimiento de los valores de la sociedad liberal, y se adentra en el contexto de su implantación por la influencia de la Gran Depresión que, a través de sus efectos en el triunfo del nacionalsocialismo alemán, otorga a este fenómeno una proyección mundial. Rechaza luego, justamente, las explicaciones del fascismo como mero instrumento del gran capital, aunque éste pacte con él en los países donde triunfa; en definitiva –señala– el gran capital se congratulaba con Hitler por su política de exterminio del movimiento obrero, pero también podía convivir con un gobierno laborista o con el *New Deal* rooseveltiano. También recalca el conocido origen pequeñoburgués del fascismo. A la vez, otorga gran importancia al papel desempeñado por otros sectores de la derecha reaccionaria y a la ofensiva contra el bolchevismo, o más bien contra su *fantasma*, en la medida en que no hubo, en este período, un peligro real de revolución más allá de las sacudidas de la inmediata postguerra: “Lenin era el símbolo de esa amenaza, más que su plasmación real”. En cambio, rechaza las tesis de Nolte sobre el fascismo como réplica del bolchevismo, racionalización posterior que “ha hecho de Lenin y Stalin la excusa del fascismo”. La aproximación de los fascismos y otras fuerzas de la derecha reaccionaria se fundamentaba en compartir los mismos enemigos (democracia, liberalismo y “comunismo ateo”), en “su odio común a la Ilustración del siglo XVIII, a la revolución francesa y a cuanto creían fruto de esta última”³⁶.

Más réplicas que su análisis del fascismo³⁷ ha suscitado el tratamiento del antifascismo y sobre todo la tesis de la alianza de las fuerzas de las Luces contra las corrientes anti-ilustradas en la crisis de los años treinta. Se trata de una pugna entre herederos y adversarios de la Ilustración o, en lenguaje decimonónico, entre *progreso* y *reacción*. El radicalismo de Hitler habría impedido, en definitiva, otros alineamientos posibles: por ejemplo, el acercamiento de conservadores británicos al régimen italiano. La resistencia frente a la deriva agresiva de los fascismos suscitaría el fenómeno del antifascismo, que si bien no atrajo a nuevos sectores significativos, sí los movilizó y organizó más eficazmente. Esta guerra “contra el enemigo común” se impregnó de una fuerte carga ideológica y adquirió dimensiones internacionales. El antifascismo, cuya lógica conducía hacia la izquierda, sobrevivirá al propio fascismo, uniendo a un amplio espectro de fuerzas. Más allá de la estrategia de los frentes populares, el antifascismo

35. Eric J. HOBBSAWM, “La revolución”, en Roy PORTER y Mikulas TEICH (eds.), *La revolución en la historia*, Barcelona., Crítica, 1990, pp. 16-70, especialmente pp. 27-28. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, p. 90.

36. *Ibidem*. pp. 92-147. La idea de esa aproximación de la derecha no fascista a las posiciones de los fascismos da mucha mejor cuenta de las dinámicas de los años 30 que ese “modelo cuadripolar” puramente especulativo que propone POMIAN (dos derechas y dos izquierdas, totalitarias o no), que acusa además a HOBBSAWM de asimilar prácticamente la derecha al fascismo (“Quel XXe siècle”, pp. 49-50 y 57-65).

37. MAZOWER (*La Europa negra*, p. 13) cree que HOBBSAWM lo infravalora. A Michael MANN, “As the Twentieth Century Ages”, *New Left Review*, 214 (1995), pp. 107-109, le parece poco convincente su análisis y desecha cualquier identificación de clase del fenómeno.



era también un sentimiento colectivo, que describe con recuerdos personales de esos momentos:

Creíamos –el historiador puede recurrir también a sus recuerdos– que nos tocaría luchar, y probablemente morir, en la siguiente guerra. Y, como antifascistas, no albergábamos duda alguna de que cuando llegara el momento no podríamos hacer otra cosa que luchar³⁸.

Las tesis de Hobsbawm sobre este particular encuentran su réplica más contundente en el actual *revisionismo*, que ha hecho del desmontaje del *paradigma antifascista* uno de sus objetivos centrales, por motivaciones político-ideológicas (anticomunismo radical como sustento de las políticas neoliberales)³⁹. Hobsbawm cuestiona la mera identificación del antifascismo con una estrategia de camuflaje estalinista (“era un movimiento mucho más amplio que el comunismo”). Traverso comparte el rechazo a una visión simplista del fenómeno, y recuerda el *ethos* colectivo en que desembocó esta postura en la década de los treinta, cuando la lucha contra el fascismo se convirtió, para muchos, en la defensa de una civilización amenazada⁴⁰. Las posiciones de Hobsbawm no incorporan, desde luego, las prevenciones de algunos intelectuales de la escuela de Frankfurt, que localizaban en las ambigüedades de la propia Ilustración las raíces de la barbarie; ni tampoco, claro está, el anti-racionalismo del pensamiento postmoderno crítico con el Iluminismo y sus *universales* que preludearían el totalitarismo del siglo XX⁴¹.

El primer bloque de *Age of Extremes* se cierra con un capítulo acerca del “Fin de los imperios” en el que se analizan los procesos de descolonización en sus orígenes. Uno de sus rasgos más destacados sería la influencia de los modelos políticos e ideológicos occidentales en los dirigentes nacionalistas. Pese a que Hobsbawm apunta a una diferencia de percepción clara, en ese sentido, entre elites *modernizadoras* y masas *tradicionalistas*, algunos críticos creen ver en ello una prueba de eurocentrismo y minusvaloración de los movimientos populares en los procesos emancipadores⁴².

La edad de oro y sus límites

La etapa que se extiende desde el final de la Segunda Guerra mundial hasta los años setenta aparece englobada, en *Age of Extremes*, bajo el rótulo de “Edad de oro”.

38. HOBBSBWM, *Historia del siglo XX*, pp. 148-181 (cita en p. 158). Sobre los frentes populares, véase Eric J. HOBBSBWM, *Política para una izquierda racional*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 61-85.

39. Francisco ERICE, “En torno a la crisis del antifascismo: entre la historia, la memoria y la razón política”, *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*, n. 11 (2011), pp. 89-107.

40. François FURET, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995. Eric J. HOBBSBWM, “En la era del antifascismo (1929-1954)”, en *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo, 1840-2011*, Barcelona, Crítica, 2011, pp. 267-318. Enzo TRAVERSO, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 19-20 y 245-265.

41. Véase Max HORKHEIMER y Theodor W. ADORNO, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta, 1994. Para diferenciarse de los conservadores anti-ilustrados, aun criticando su “momento regresivo”, HORKHEIMER y ADORNO no rechazan la Ilustración en cuanto tal: “no albergamos la menos duda –y ésta es nuestra *petitio principii*– de que la libertad en la sociedad es inseparable del pensamiento ilustrado” (p. 53).

42. HOBBSBWM *Historia del siglo XX*, pp. 203-225.

Incluso en la política internacional, marcada por la impronta de la *guerra fría*⁴³, se destaca la relativa estabilidad y la ausencia de riesgo de conflagración general, pese a la retórica apocalíptica de ambos bandos. Dado que la URSS no constituía una amenaza real, el tono alarmista vino sobre todo de Estados Unidos, que utilizaba el anticomunismo para su política interior. La guerra fría acabó con las experiencias y los gobiernos de coalición antifascistas y favoreció la creación de la Comunidad Europea. Tras la distensión de los años sesenta, experimentaría un rebrote, coincidiendo con la crisis económica y la nueva oleada de revoluciones en el Tercer mundo. Este nuevo impulso suscitó la posterior cruzada de Reagan contra el *imperio del mal*, terapia colectiva norteamericana para enjugar fracasos anteriores, más que un intento de restablecer un equilibrio que nunca existió; porque la pugna fue, desde el principio, desigual. Sus principales efectos no fueron bélicos, sino políticos: frenar las discrepancias en uno u otro bloque, en lo que la URSS se mostró a veces más contundente, pero también cada vez más impotente para lograrlo⁴⁴.

Pero, obviamente, el principal éxito de esta etapa radica en la prosperidad económica y la *humanización* del capitalismo con el establecimiento del Estado del bienestar. Frente a lo que se le ha achacado, Hobsbawm sí hace notar que esta edad de oro “corresponde básicamente a los países capitalistas desarrollados”, aunque también afecta a los del bloque socialista. Asimismo, subraya las limitaciones del proceso (el pleno empleo no se logra hasta los sesenta y se generan fuertes costes ecológicos). Aun así, destaca una prosperidad que generaliza, en Occidente, las tendencias que ya habían comenzado antes en Estados Unidos. La explicación de Hobsbawm alude sobre todo a las grandes innovaciones y su rápida aplicación a los procesos económicos, resaltando además el papel de las *economías mixtas* y de la división internacional del trabajo. La *edad de oro* es, en Occidente, la de los grandes consensos sociales y políticos, con la integración de los partidos socialistas y los movimientos obreros en el *capitalismo reformado*. Una de las objeciones que se han planteado a Hobsbawm es precisamente que, en esta parte, “opta por una causalidad tecnológica económica”; lo cual encaja con una observación interesante que ha reiterado Perry Anderson: a diferencia de lo que sucede en su trilogía sobre el XIX, la burguesía desaparece de la escena⁴⁵.

Esta etapa significa, asimismo, el inicio de grandes mutaciones sociales y culturales, prolongadas en décadas sucesivas, que hacen –señala Hobsbawm– que la Edad Media concluya para el 80% de la humanidad⁴⁶. La *revolución social* abarca cambios como la “muerte del campesinado” y la urbanización acelerada, el auge de la enseñanza y la alfabetización o las transformaciones en la situación de la mujer. Incluyendo, por supuesto, la evolución de la clase obrera industrial que –dice Hobsbawm– no entra en declive hasta los años ochenta, pero cuya cohesión ya empezó a resentirse en las “décadas doradas”: la prosperidad y la “privatización de la existencia” separaron lo que la pobreza y el colectivismo de los espacios públicos habían unido en el pasado. Luego vendrían los mercados segmentados, la sociedad de

43. *Ibidem*, pp. 230-259.

44. Análisis del fenómeno, incluidas las percepciones psicológicas, en Francisco VEIGA, Enrique U. DA CAL y Ángel DUARTE, *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría, 1914-1991*, Madrid, Alianza, 1997.

45. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, pp. 260-289. Juan Manuel VERA, “Sobre Hobsbawm y el corto siglo XX”, en <<http://www.fundanin.org/vera15.htm>> (consulta 16-10-2013). ANDERSON, *Spectrum*, pp. 318-320 y 324-325.

46. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, pp. 290-345.



“los dos tercios” y la diferenciación interna⁴⁷. A consecuencia de estos cambios y concretamente del desarrollo de la enseñanza universitaria, tendrían lugar movimientos como los de mayo del 68, que Hobsbawm se niega a calificar de revolución (los estudiantes no podían llevar a cabo la revolución solos y las masas proletarias no pensaban en hacerla), aunque fuera algo más que un mero psicodrama, como algunos lo han definido⁴⁸.

Son conocidas las reticencias de Hobsbawm o su escepticismo sobre el 68 estudiantil⁴⁹. En su autobiografía, asegura que los estudiantes le recordaban a los bakuninistas, aunque se interesaran más en la vida cotidiana y las relaciones personales. Para la gente de izquierdas de mediana edad como él, los sesenta fueron bienvenidos, aunque sorprendentes: “parecía que empleábamos el mismo vocabulario, pero no hablábamos el mismo idioma”⁵⁰.

La otra gran *revolución* de estas décadas es la *cultural*. Estas transformaciones deben entenderse como “el triunfo del individuo sobre la sociedad o, mejor, como la ruptura de los hilos que hasta entonces habían imbricado a los individuos en el tejido social”. Ello también afecta a las crisis de la familia o las iglesias tradicionales, generando problemas de funcionamiento del propio sistema capitalista, que se había basado siempre en instituciones precapitalistas:

Del mismo modo que nosotros damos por sentada la existencia del aire que respiramos y que hace posible todas nuestras actividades, así el capitalismo dio por sentada la existencia del ambiente en el que actuaba, y que había heredado del pasado [...]. En otras palabras, el capitalismo había triunfado porque no era solo capitalista”⁵¹.

48

El capítulo dedicado al Tercer mundo no presta demasiada atención al proceso descolonizador en sí, esbozado en la parte anterior del libro. Se ha dicho que Hobsbawm no valora estos cambios en sus justos términos. En todo caso, el autor británico apunta también a los intentos de remedar el modelo soviético, aunque, a la postre, rótulos como democracias *parlamentarias* o democracias *populares* eran más definitorios de su ubicación en el campo internacional que de su política interna, frecuentemente dominada por los militares. No es cierto, sin embargo, que no reconozca algunas transformaciones importantes, a la vez que resalta cómo, desde los años setenta, el concepto de Tercer Mundo empieza a desmoronarse por las diferencias económicas, con la rápida industrialización de algunos de estos países y la caída o el retroceso de otros⁵².

47. Ya en la década de los ochenta, HOBBSAWM había constatado un cambio que cifraba no tanto en la desaparición de la clase obrera como tal como en la crisis de su conciencia de clase. Véase *Política para una izquierda racional*, pp. 15-39 y 156-167

48. Véase el análisis de HOBBSAWM, “Mayo de 1968”, en *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 182-192.

49. TRAVERSO, *La historia como campo de batalla*, p. 69, identifica esta minusvaloración con su desdén hacia el acontecimiento. Pero no es difícil relacionarlo con su anti-utopismo de *comunista tory*. Una visión alternativa en Giovanni ARRIGHI, “1968: el gran ensayo”, en Giovanni ARRIGHI, Terence K. HOPKINS e Immanuel WALLERSTEIN, *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal, 1999, pp. 83-98. ARRIGHI compara nada menos los movimientos de 1968 con las revoluciones de 1848. Vistas las cosas desde el presente, la minusvaloración de HOBBSAWM puede resultar más convincente que la sobrevaloración de ARRIGHI.

50. HOBBSAWM, *Años interesantes*, pp. 233-234. Luego supo que muchos de los jóvenes de entonces, en diferentes partes del mundo, leían, como inspiración, sus trabajos sobre los rebeldes primitivos.

51. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, pp. 322-345. Citas textuales en pp. 336 y 344-345.

52. *Ibidem*, pp. 346-371.

Finalmente, Hobsbawm dedica un somero análisis al *socialismo real*⁵³. En él reflexiona sobre la construcción del sistema en la URSS y –con menos detalle– en los países de Europa Oriental. Para el historiador británico, la opción por la planificación centralizada y la rápida edificación de una industria básica y unas infraestructuras fundamentales era bastante razonable en un país atrasado y en las condiciones de aislamiento de la URSS. La NEP no podía durar y una segunda revolución, esta vez *desde arriba*, resultaba previsible. La ferocidad de Stalin acrecentó la violencia y los sufrimientos del proceso, aunque “cualquier política de modernización acelerada de la URSS, en las circunstancias de la época, habría resultado forzosamente despiadada”. El estalinismo esclavizó a los campesinos y utilizó masivamente mano de obra reclusa, pero contó con un apoyo social sustancial. La vía elegida permitió un fortísimo crecimiento y el éxito en la guerra contra Alemania, aunque generó elevados costes: el mantenimiento de un bajísimo nivel de consumo, la burocratización y una férrea dictadura. El modelo leninista de partido de vanguardia era “potencialmente autoritario”, peligro que se hizo mayor con las difíciles circunstancias del periodo 1917–1921, si bien sólo con Stalin derivó en verdadera autocracia. El terror se exacerbó por la personalidad del dictador, pero la violencia de Stalin no puede entenderse salvo si se la ve como la persecución incesante del objetivo utópico de una sociedad comunista.

Traverso asegura que Hobsbawm se muestra complaciente con el estalinismo, no porque simpatice con Stalin (al que dirige duros calificativos), sino porque lo presenta como una *necesidad histórica*. Al igual que detrás de Nolte estaría la sombra de Heidegger, que ve a Hitler como representante auténtico del *Dasein* alemán, tras de Hobsbawm se percibe el espectro de Hegel. Además, al hablar del comunismo en el siglo XX, “elige legitimar el peor, el más opresivo y coercitivo” y no el otro: el que, en Occidente, representó políticamente y dio dignidad a las clases trabajadoras⁵⁴. Si lo de la *legitimación* resulta discutible, en cambio es verdad que Hobsbawm limita prácticamente su visión del fenómeno al proceso soviético. Parece, además, como si la crisis del sistema soviético lo arrastrara todo y, desde 1956, el proyecto comunista hubiera quedado definitivamente arrumbado⁵⁵.

Como recuerda Hobsbawm, tras la muerte de Stalin, desaparece la violencia a gran escala y, aunque el sistema sigue siendo dictatorial, ya no funciona sobre la base de la mera represión, sino de la desideologización. Por eso el historiador británico rechaza el uso del concepto de totalitarismo, especialmente tras 1956, pero incluso antes, dadas las diferencias obvias entre fascismos y comunismos, y porque el régimen, más que movilizar, despolitizaba a la población⁵⁶.

Acerca del *socialismo real* y los países de Europa oriental que lo asumieron, Hobsbawm incluye unas breves consideraciones en su autobiografía. Algunas de sus opiniones han reforzado la acusación de complacencia, aunque lo cierto es que sus

53. *Ibidem*, pp. 362-399.

54. TRAVERSO, *La historia como campo de batalla*, pp. 48-49 y 64-67.

55. HOBBSAWM, *Entrevista sobre el siglo XXI*, pp. 214-215. Un planteamiento en cierto modo concordante, desde otras premisas, en Gustavo BUENO, “Perestroika, Revolución de Octubre y marxismo”, *Ábaco*, n. 9 (1990), pp. 61-72.

56. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, pp. 392-393. También MAZOWER (*La Europa negra*, pp. 280-281) recusa la utilidad del término. Debate acerca del totalitarismo, en Enzo TRAVERSO, *Le totalitarisme. Le XXe siècle en débat*, París, Seuil, 2001. Una crítica radical al concepto, en Slavoj ŽIŽEK, *¿Quién dijo totalitarismo? Cinco intervenciones sobre el (mal) uso de una noción*, Valencia Pre-Textos, 2002.



críticas paralelas al modelo son bastante contundentes. Hobsbawm asume una visión negativa del sistema soviético al menos desde la visita que hizo a la URSS, con otros colegas historiadores, en la Navidad de 1954. Pero no niega ciertos éxitos iniciales de las *democracias populares* y asegura que, en algunos Estados, a pesar de todo, “fue lo que mejor funcionó desde el desmembramiento de las monarquías ocurrido en 1918”. Rechaza también la imagen de estos regímenes como sistemas de terror. La misma RDA –afirma– salvo lo relacionado con el Muro, ejercía un fuerte control, no una violencia sistemática contra la población, y la sociedad que estaba construyendo no era mala en sí misma (seguridad social, educación, comunidad de gente solidaria); el problema era la falta de legitimidad y de dirección por parte de la gente sobre su propia vida⁵⁷.

El derrumbamiento y el fin de un siglo que acaba mal

El corto siglo XX de Hobsbawm concluye con un derrumbe, precedido de dos décadas de crisis. Hobsbawm se centra en la ralentización del crecimiento y la ofensiva ultraliberal contra el keynesianismo. Subraya las dificultades de imposición del neoliberalismo *puro* y el aumento de las desigualdades, el paro y la inseguridad, así como la crisis de la socialdemocracia y el surgimiento de nuevos movimientos sociales. También hace hincapié en la mundialización de la economía y la erosión de los Estados-nación clásicos, propiciando la reaparición de nacionalismos étnicos y secesionistas, sobre los que el historiador mantiene su conocida valoración negativa⁵⁸.

50

Age of Extremes incluye también un interesante capítulo sobre “El Tercer Mundo y la revolución”, que repasa las situaciones y procesos en este escenario desde la Segunda Guerra mundial, la fijación *tercermundista* de cierta izquierda occidental y el cierre correlativo de perspectivas de ruptura en Occidente. Destaca la importancia de las guerrillas en determinados contextos, y el “error espectacular” que supusieron para América Latina “los absurdos sueños guerrilleros de inspiración cubana de 1960-67”. La pérdida de la perspectiva mundial sería un rasgo característico de las nuevas revoluciones. También apunta a sus especificidades en la “segunda guerra fría”, y en especial al caso de Irán, la primera revolución victoriosa bajo la ideología del fundamentalismo religioso. A fines del siglo XX, detecta una cierta atrofia de la tradición revolucionaria y una activación del papel de las masas, ligado a los fenómenos de urbanización; las ciudades vuelven a recuperar, en este terreno, una iniciativa que, durante décadas, partió del campo. En todo caso –añade– “el mundo al final del siglo XX se halla en una situación de ruptura social más que de crisis revolucionaria”⁵⁹.

Por último, en “El fin del socialismo”⁶⁰, analiza tanto el desarrollo de la experiencia china como el derrumbe del *socialismo real*. Con respecto a la primera, por la cual manifiesta escasa simpatía, destaca su carácter *nacional* y su limitada relación con el marxismo. Hobsbawm insiste en los *delirios* de Mao, su misticismo colectivista y su voluntarismo extremo. Sin embargo, pese a los muchos errores, asegura que, a la

57. HOBBSAWM, *Años interesantes*, pp. 123 y 189-190; *Sobre la historia*, pp. 16 y 141-145. Tony JUDT (*Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008, p. 127), alude a la *debilidad* de HOBBSAWM por la RDA.

58. *Historia del siglo XX*, pp. 403-431. *Naciones y nacionalismo desde 1780*, pp. 173-197.

59. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, pp. 432-458; *Años interesantes*, pp. 238 y 345.

60. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, pp. 459-494.

muerte del Gran Timonel, a los chinos no les iba peor (sino al contrario) que a la mayor parte de sus vecinos del Tercer mundo.

El grueso del análisis lo dedica, sin embargo, a la crisis del socialismo en la URSS y las democracias populares. Entre otras cosas, pone de relieve los errores y corrupciones de estos sistemas y su incapacidad para adaptarse a las nuevas tendencias de la economía mundial. También recuerda la escasa fuerza de las oposiciones interiores, excepto en Polonia. El cambio, por tanto, vino de arriba, con los intentos de reforma del sistema para mejorarlo, generándose un conflicto entre la *glasnost* (que contribuyó a desintegrar la autoridad) y la *perestroika* (que destruyó los viejos marcos económicos sin proporcionar alternativas). El fin del *paraguas* soviético disuadió de resistir a los sectores gubernamentales en otros países. La desintegración de la URSS, frente a la imagen que a veces se difunde, no habría sido resultado de las pulsiones nacionalistas, sino de la crisis del *centro*, y el famoso *golpe* del 20 de agosto ni puede considerarse como tal, ni provocó una resistencia *desde abajo*. Una vez más en la historia soviética, se trató de “un drama escenificado por un pequeño grupo de actores sobre la cabeza de un pueblo acostumbrado a sufrir”. Lo que sí se mostró en el momento de la crisis es que el arraigo de estos regímenes era superficial. Cabe preguntarse –se plantea Hobsbawm– si otro tipo de socialismo diferente al que se formó hubiera sido factible. Significativamente, deja flotando el interrogante.

La aproximación de Hobsbawm a los procesos del *derrumbe* del capitalismo de rostro humano y del *socialismo real* concluye en una situación actual que no puede sino describir en términos fuertemente negativos: “el viejo siglo no ha terminado bien”. La centuria acaba entre el desasosiego y la incertidumbre, plagada de problemas para los que no se vislumbra solución⁶¹. El panorama que presenta Hobsbawm no es muy diferente del que esbozan otros historiadores críticos, como Fontana, que atisba el inicio de “una nueva época de regresión y oscurantismo”; o incluso del balance, desde posiciones socialdemócratas moderadas, de Tony Judt, quien asegura que, tras la gran esperanza de la caída del Muro, “los años que van de 1989 a 2009 fueron devorados por las langostas”. Procacci ve en los años noventa, utilizando una frase de Mao, “un gran desorden bajo el cielo”, y percibe el nuevo cuadro humano “más rico en sombras que en luces”. Mazower constata que “el auténtico vencedor de 1989 no fue la democracia sino el capitalismo”. En contraste, los autores de la *Historia de Oxford del siglo XX* creen que el mundo es ahora mejor para la mayoría, que los países hoy pueden escoger si desean ser ricos (*sic*), que la clase obrera actual disfruta de los privilegios de la antaño *clase ociosa* y que, existe, sobre todo, libertad de elegir y buscar nuevas oportunidades⁶².

En cuanto a Hobsbawm, aun reconociendo la tendencia secular a la mejora de las condiciones de vida, rehúye cualquier atisbo panglossiano. Se ha dicho que su *Age*



61. *Ibidem*, pp. 22, 26, 552, etc.

62. Tony JUDT, *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2011. PROCACCI, *Historia general del siglo XX*, pp. 598-599. MAZOWER, *La Europa negra*, pp. 443-444. W. ROGER LOUIS, “Cómo acaba el siglo XX”, y Ralf DAHRENDORF, “Hacia el siglo XXI”, en HOWARD y LOUIS, *Historia de Oxford del siglo XX*, pp. 499-532.

of *Extremes* “puede ser vista como una respuesta a Fukuyama”⁶³. El fracaso de la URSS en concreto tiene, para él, efectos negativos diversos, incluyendo la ruptura de los equilibrios entre las potencias, con el consiguiente aumento de la inestabilidad, pero afecta sobre todo a las conquistas sociales:

El efecto principal de 1989 es que por ahora el capitalismo y los ricos han dejado de tener miedo. Todo lo que hizo que la democracia occidental mereciera ser vivida por su gente –la seguridad social, el estado del bienestar, unos ingresos altos y en aumento para sus asalariados, y su consecuencia natural, la disminución de la igualdad social y de las oportunidades de vida –fue el resultado del miedo. Miedo de los pobres y del bloque de ciudadanos más grande y mejor organizado de los estados industrializados, los trabajadores; miedo de una alternativa que realmente existía, y que realmente podía extenderse, sobre todo bajo la forma el comunismo soviético⁶⁴.

Este fracaso tiene su paralelo en el de la economía del libre mercado irrestricto. La sombría descripción del estado actual del mundo que realiza Hobsbawm incluye tendencias más o menos conocidas (desigualdades entre clases y países, problemas ecológicos, crisis de los Estados nacionales, etc.). Pero, además, el neoliberalismo socava la democracia y genera desafección en los ciudadanos por la política. La democracia, “una de las vacas sagradas de la vulgata discursiva política de Occidente produce en realidad menos leche de lo que suele suponerse”; en el discurso dominante, “el vocablo fue perdiendo todo contacto con la realidad”, “sirve de justificación a las conquistas imperiales” y es usada “para justificar las estructuras existentes de clase y poder”⁶⁵.

52

Otro fenómeno concomitante al que ya hemos aludido, ligado a la *revolución cultural* es, según Hobsbawm, no sólo una crisis de los principios de la civilización moderna, “sino también de las estructuras históricas de las relaciones humanas que la sociedad moderna había heredado del pasado preindustrial y precapitalista y que, ahora podemos concluirlo, habían permitido su funcionamiento”. En su autobiografía, vuelve a evocarlos en estos términos: “somos la única generación que ha vivido el momento histórico en el que las normas y las convenciones que hasta entonces habían mantenido unidos a los seres humanos en familias, comunidades y sociedades, dejaron de operar”⁶⁶.

63. *Entrevista sobre el siglo XXI*, pp. 109, 144-145 y otras. CALLINICOS, “The Drama of Revolution and Reaction”, p. 170. Otro tanto se ha dicho de su recopilación de ensayos *Guerra y paz en el siglo XXI*. Véase Mario OJEDA REVAH, “Guerra y paz en el siglo XXI, de Eric Hobsbawm”, en *Letras Libres*, septiembre 2007, <<http://www.letraslibres.com/revista/libros/guerra-y-paz-en-el-siglo-xxi-de-eric-hobsbawm>> (consulta 28-20-2013). TRAVERSO (*La historia como campo de batalla*, pp. 35 y 70) ve el libro de HOBBSAWM sobre el siglo XX como “contrapunto al consenso liberal”.

64. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, p 556; *Guerra y paz en el siglo XXI*, pp. 12-13; “Adiós a todo eso”, pp. 13-134.

65. Eric J. HOBBSAWM, “Si el socialismo fracasó y el capitalismo está ahora en bancarrota: ¿qué viene después?”, <<http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2502>> (consulta 28-10-2013). “Entrevista a Eric Hobsbawm”, por Ivana COSTA, 20-7-2010, en *Revista Ñ de Clarín*, 9-6-2007, <http://www.scielo.org.ve/scielo.php?pid=S1012-25082007000300006&script=sci_arttext> (consulta 28-10-2013). *Guerra y paz en el siglo XXI*, pp. XII y 99-122.

66. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, pp. 21, 25 y 344. *Años interesantes*, p. 376.

La historia y la política

Con la imagen de un mundo anómico se cierra, pues, el telón de *La era de las catástrofes*. Así concluye, sin razón aparente para la esperanza, una crónica pródiga en buena erudición y rica en matices a la que Perry Anderson recomienda hacer “repetidas visitas” y escrita, según su antagonista intelectual Tony Judt, por el historiador “con más talento natural de nuestro tiempo”⁶⁷.

Age of Extremes no es seguramente la mejor obra de Hobsbawm, aunque sí la más leída. Ni siquiera puede considerarse la más convincente de las piezas de su tetralogía contemporánea, la más clara en sus esquemas o la más ceñida a una conceptualización marxista coherente. El siglo XX no es la época que Hobsbawm mejor conoce en su condición de historiador. Con todo, su síntesis sobre la centuria es una obra extraordinaria: aunque dedique a Europa más de lo debido, aunque no hable de la historia de las ideas, o trate insuficientemente los sistemas políticos democráticos; aunque sus categorías de análisis resulten algo difusas y los agentes sociales no parezcan, a menudo, identificables⁶⁸.

Hobsbawm siempre consideró que los análisis históricos, y en particular los de los marxistas, “tienen implicaciones políticas”. En el caso del siglo XX, es imposible entender su interpretación al margen del “sueño de la Revolución de Octubre” que, según confiesa, ha seguido vivo en su interior incluso cuando ya había asumido la realidad implacable de su fracaso⁶⁹. Quizás sea excesivo calificar *Age of Extremes* de “apología melancólica del comunismo” (Traverso), pero algo hay de reflexión nostálgica sobre el soplo liberador originario de los días que “conmovieron al mundo”, y cuyo fracaso ha sido también, para muchos, una derrota personal, tal como lo describía el austríaco Ernst Fischer en sus memorias⁷⁰. En todo caso, la preocupación política subyacente a un análisis histórico ni lo justifica ni lo invalida por sí misma. Más allá de cualquier consideración crítica de sus límites explicativos, las repercusiones de Octubre y el conflicto comunismo-capitalismo ocupan un papel muy relevante en las dinámicas políticas y sociales de la centuria; y la alianza antifascista y sus proyecciones tuvieron una importancia decisiva en la configuración del orden de la postguerra, prolongando su incidencia legitimadora al menos hasta la década de los ochenta⁷¹.

La nostalgia del comunismo que no pudo ser moldea la visión hobsbawmiana del período. Octubre le recuerda además que el capitalismo debe ser superado. Tanto su *Historia del siglo XX* como sus memorias concluyen con sendos llamamientos a la

67. ANDERSON, *Spectrum*, p. 340. JUDT, *Sobre el olvidado siglo XX*, p. 132.

68. La ausencia del pensamiento político apenas queda paliada con aproximaciones a una de sus corrientes, la marxista. En cambio, aunque no lo hemos tratado en este trabajo, HOBSBAWM sí ha escrito sobre arte, cultura y ciencia, en varios capítulos de su *Historia del siglo XX*, o en otras publicaciones, como su libro póstumo *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2013.

69. *Política para una izquierda racional*, p. 7; *Años interesantes*, p. 62.

70. TRAVERSO, *La historia como campo de batalla*, pp. 61-63. ERNST FISCHER (*Recuerdos y reflexiones*, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 205) reproduce este diálogo con su compañera: “¡He fracasado! –digo–. ¡Nuestra época ha fracasado! –responde Lou. – También la época; pero sería muy sencillo consolarme con eso”.

71. Josep FONTANA (*El futuro es un país extraño*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013, pp. 10-11) sostiene que “toda la historia del siglo XX, desde 1917 hasta los años setenta, estuvo condicionada por el gran miedo al comunismo”.



acción, en términos esencialmente volitivos y cargados de voluntarismo (“nuestro mundo...debe cambiar”; “el mundo no mejorará por sí solo”), en sintonía con el dilema luxemburguiano *socialismo o barbarie* (“la alternativa a una sociedad transformada es la oscuridad”)⁷².

La mayor dificultad de su planteamiento político, que envuelve y epiloga su análisis histórico, es que el final de la experiencia soviética parece haber arrastrado consigo la posibilidad de un modelo de futuro alternativo, e incluso hace dudar sobre las opciones del socialismo. Ahora –confiesa– “no sabemos adónde vamos”. En una entrevista realizada en 2008, rehusaba admitir, a fuer de marxista, que el capitalismo liberal se haya establecido para siempre, y afirmaba que la predicción de Marx, basada en “un análisis serio del desarrollo histórico”, de que el capitalismo debía ser sustituido “por un sistema administrado o planeado socialmente”, “todavía parece razonable”; aunque probablemente éste –añade– seguirá manteniendo algunos elementos de mercado que los marxistas subestimaron⁷³. Fracasados el socialismo de tipo soviético y el capitalismo de libre mercado, los problemas del siglo XXI requerirán soluciones “a las que no pueden enfrentarse adecuadamente ni el mercado puro ni la democracia liberal pura”:

Y en esa medida, habrá que hacer que funcione una combinación diferente, una mezcla diferente de lo público y lo privado, de acción y control por parte del Estado, y de libertad. Cómo se llamará, no lo sé. Pero bien puede ser que ya no se trate de capitalismo⁷⁴.

A lo modesto –e indefinido– de estas propuestas, se suma el posibilismo que el historiador británico ha mantenido en sus opciones prácticas. Hobsbawm se ha definido a sí mismo como un *comunista tory* que nunca creyó en la rebeldía total o en una sociedad sin normas; o como un radical-realista, en “la tradición de Marx y Lenin o, concretamente, la del Séptimo Congreso de la Internacional Comunista, la de los frentes populares y la unidad antifascista”. Pero, pese a su militancia formal en el Partido Comunista británico o su afinidad con el italiano y su adhesión genérica a propuestas *frentepopulistas*, lo cierto es que ha depositado sus expectativas en fuerzas políticas muy moderadas. Y, a la vez, ha cuestionado una y otra vez casi todas las fórmulas nuevas que la izquierda política y social ha ido planteando al menos desde la década de los sesenta: de las *nuevas izquierdas* y los movimientos estudiantiles de los sesenta o las estrategias guerrilleras, al *socialismo del siglo XXI*; desde los movimientos altermundistas (a los que ha considerado, más allá de algunos elogios, poco realistas) hasta los nuevos movimientos sociales en general (que tienden a reemplazar “los grandes eslóganes universales de la Ilustración” por reivindicaciones particulares e identitarias). También ha rechazado la virtualidad de nuevos sujetos como la *multitud*, esa especie de serpiente postmoderna teorizada por Toni Negri y Michael Hardt,

72. HOBBSAWM, *Historia del siglo XX*, p. 576; *Años interesantes*, p. 379.

73. Marcello MUSTO, “La crisis del capitalismo y la importancia actual de Marx 150 años después de los Grundrisse”, en *Revista Realidad*, n. 118 (2008), pp.691-696, <<http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2081>> (consulta 29-10-2013).

74. HOBBSAWM, “Si el socialismo fracasó...”. “Una conversación con Eric Hobsbawm sobre Marx, las revueltas estudiantiles, la nueva izquierda y los *Miliband*. Entrevista”, en *Historia Caribe*, vol. VII, n. 21 (2012), pp. 13-23, <<http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=5309>> (consulta 29-10-2013).

considerando a la vez que “es un gran error subestimar la importancia de la clase”, aunque hoy la política no esté dominada por movimientos clasistas⁷⁵.

Hasta aquí, lo que encontramos son elementos de una visión crítica de las nuevas izquierdas y una reivindicación argumentada de las fórmulas de la *vieja izquierda*. Pero, más allá de los análisis, las preferencias políticas de Hobsbawm aparecen condicionadas por su nostalgia del movimiento obrero de masas de comienzos del siglo XX (organizado, disciplinado, con conciencia de clase, heredero de la tradición racionalista), que ha abordado reiteradamente en sus investigaciones sobre el mundo del trabajo⁷⁶. No deja de resultar llamativa esta añoranza en alguien que siempre defendió que “la razón de izquierdas” debía imponerse sobre la “emoción de izquierdas” y que la nostalgia de los “grandes días de antaño” no “los hará regresar”⁷⁷. En todo caso, su modelo preferido se mantiene próximo a los partidos y movimientos socialistas de masas clásicos:

Lo que es posible es que la clase obrera forme, como si dijéramos, el esqueleto de movimientos más amplios de cambio social. Buen ejemplo de esto, en la izquierda, es Brasil, que representa un caso clásico de partido del trabajo de finales del siglo XIX basado en una alianza de sindicatos, trabajadores pobre en general, intelectuales ideológicos y una tipología variable de izquierdistas [...]. Ideológicamente, hoy en día me siento absolutamente como en casa en América Latina, porque sigue siendo una parte del mundo en donde la gente todavía habla y hace su política en el viejo idioma, con el lenguaje del siglo XIX y XX del socialismo, el comunismo y el marxismo⁷⁸.

El problema es que Hobsbawm, mientras se resiste –con argumentos más o menos sólidos, esa no es la cuestión– a dar cabida a nuevos sectores y fórmulas dentro de la práctica de la izquierda, al propio tiempo, ha diagnosticado, en cierto modo, el fin histórico (¿provisional?) de la política de clase. Con ello, la alternativa a la *oscuridad* de la que habla queda aplazada o deviene imposible, pues sus llamamientos se deslizan, a falta de sujeto que los protagonice, hacia el terreno de la utopía que reiteradamente ha rechazado⁷⁹. Es verdad que, en tiempos de derrota, el optimismo de la voluntad no representa la peor de las opciones. Y que las perplejidades sobre el futuro no impiden – como es el caso– interrogaciones fértiles sobre el pasado.



75. HOBBSAWM, *Años interesantes*, p. 85; *Política para una izquierda racional*, p. 12. LAO, “El legado político intelectual de Eric Hobsbawm”, p. 11. COSTA, “Entrevista a Eric Hobsbawm”. ERIC HOBBSAWM, “La izquierda y la política de la identidad”, *New Left Review* (ed. castellana), 0 (2000), pp. 114-125.

76. Esta nostalgia se proyecta sobre los viejos símbolos obreros, como las gorras futbolísticas de las que hablaba con emoción contenida. Véase ENRIQUE KRAUZE, “Un marxista legendario”, en *Letras Libres*, n. 82 (2008), <<http://www.letraslibres.com/revista/convivio/un-marxista-legendario>> (consulta 29-10-2013).

77. HOBBSAWM, *Política para una izquierda racional*, pp. 169-170.

78. HOBBSAWM, *Años interesantes*, pp. 347-348. “En la tercera crisis. Entrevista a Eric J. Hobsbawm”, *El Viejo Topo*, n. 263 (2009), pp. 31-35. “Una conversación con Eric Hobsbawm sobre Marx...”.

79. ELLIOT, *Hobsbawm. History and Politics*, pp. 138-140.